

Cristián Sahli Lecaros

PERSONAJES DEL PESEBRE

didaskalos

4



CRISTIÁN SAHLI LECAROS

PERSONAJES
DEL
PESEBRE



Ilustraciones e imagen de cubierta: Anuska Uribarrena Serú

Primera edición: septiembre 2022

© Cristián Sahli Lecaros

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-17300-2022

ISBN: 978-84-17185-92-3

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesqui 16, Madrid 28023

www.editorialdidaskalos.org

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>
JAIM, EL RECAUDADOR DE IMPUESTOS	7
UN BURRO AFORTUNADO.	21
EFRÁÍM, EL ADOLESCENTE	31
UN ÁNGEL CANTOR	45
LA ESTRELLA DE BELÉN.	57
EL RELATO DE JOSÉ	69
<i>Palabras de María</i>	69
<i>Palabras de José</i>	72
<i>Palabras de María</i>	82



Jaim, el recaudador de impuestos

Jaim, satisfecho, se mece la barba pensando en la noticia que ha recibido esa mañana. Se la ha comunicado un centurión venido desde la Torre Antonia, en Jerusalén, donde reside la guarnición romana. El soldado cumple una orden del procurador de Judea, quien a su vez la ha recibido de Quirino, gobernador de Siria, y procede directamente de César Augusto. Se trata de un decreto imperial que manda empadronar a todos los habitantes de su reino. Aunque no se diga, todos saben que tiene por finalidad recaudar los tributos con mayor eficacia.

El israelita se levanta y camina de un lado a otro de su tienda, mientras se frota las manos. Le importa un pepino que le llamen publicano, vendido a la causa romana, tampoco le importa ser odiado por la mayoría de sus hermanos y tener que moverse protegido por un piquete de soldados. Es recaudador de impuestos y su oficio le reporta grandes beneficios. Disfruta pensando que es el hombre más rico de Belén y considerando que el nuevo decreto imperial le permitirá cimentar su fortuna de por vida.

De hecho, sus ingresos en el banco de impuestos ya le han permitido adquirir las únicas dos posadas de la aldea. Aunque

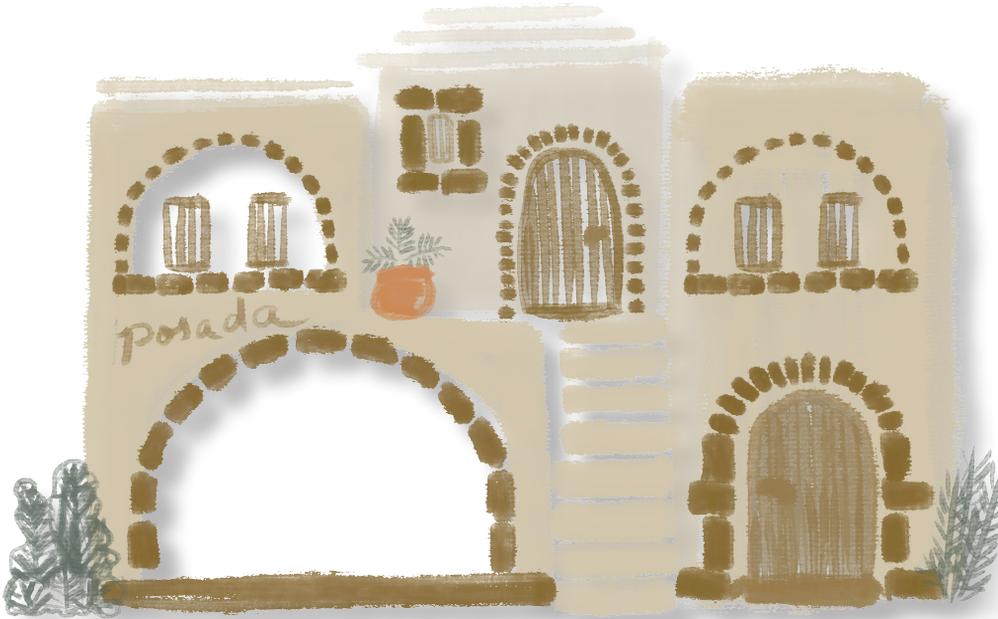
no acudan muchos visitantes, siempre hay mercaderes que prefieren pasar la noche allí antes que en la tumultuosa y ruidosa Jerusalén. Mientras se pasea por la tienda imagina las ganancias que le dejará el empadronamiento por el número de nuevos censados que deberán pagar allí sus tributos. Sueña pensando que llegará a formar parte del privilegiado grupo de los “ancianos”, los más ricos de Jerusalén.

Belén, a pesar de ser una pequeña aldea, cuenta con la ventaja de ser el pueblo natal del rey David. Muchos acudirán a registrarse allí en los próximos días. Jaim cierra los ojos y sonrío al pensar en la cantidad de dinero que llegará a las arcas y a sus bolsillos. Sonríe apaciblemente.



Pasado un rato, se levanta con rapidez y sale de la tienda. Pide a su custodia militar que lo acompañe y se dirige a sus posadas. Quiere asegurar que esté todo bien, ya que muy pronto comenzarán a llegar los viajeros para cumplir el deber imperial. En ambos lugares da instrucciones para que se amplíe la capacidad sin importarle el hacinamiento que pueda producirse, hay que habilitar cupo al menos para diez o quince personas más.

Una semana más tarde la aldea está atestada de israelitas. Jaim sale de su tienda y encuentra a Ofir, su amigo a quien ha puesto al frente de la posada más grande e importante.



—¡Estamos llenos! ¡No cabe una aguja! —exclama Ofir satisfecho.

—Imagino que habrás subido el precio, a más demanda mayor precio —le dice Jaim.

—No lo he hecho —responde el posadero.

—¡Hazlo cuanto antes! De ese modo quedarán los más ricos sin necesidad de discriminar a nadie. El resto deberá arreglárselas por cuenta propia —le exige Jaim.

—No parece del todo correcto —replica Ofir—. ¿Qué haré si llegan ancianos, enfermos o niños? De hecho, ya hemos recibido algunos.

—¡No! —refuta Jaim con voz cortante—. ¡Las posadas son un negocio! ¡Mi negocio, tu negocio! La caridad no es responsabilidad nuestra, sino de las autoridades. En mis posadas se alojarán solo quienes puedan pagar el precio, y no olvides subirlos, porque son las mejores de Belén.

—Y las únicas... —precisa Ofir.

—Y las únicas —repite Jaim—. No quiero excepciones, entra el que paga y los demás se las arreglan como mejor puedan. Hay buen clima y muchas grutas en las afueras de Belén.

—Por la noche ya hace frío —insiste Ofir.

Jaim deja escapar una carcajada.

—¡Qué aprensivo eres! ¡Es suficiente con un par de mantas y un buen fuego!

Ofir sabe que su amigo es testarudo, por esa razón ha llegado donde está y es quien es: el único israelita que ha aceptado el cargo de recaudador de los impuestos en Belén. Algunas veces ha intentado hacerlo reflexionar, pero no ha conseguido nada.

Esta vez se da por vencido sin siquiera intentarlo, y vuelve a la posada dispuesto a obedecer las órdenes del dueño.

Ha pasado una semana desde que se hizo público el decreto imperial. Jaim se encuentra en su tienda contando las ganancias de los primeros pagos de los censados cuando el soldado de turno le pide permiso para entrar. Tras hacerlo le avisa que un publicano de Cafarnaúm, bastante mayor que él, pregunta si puede verle. Se llama Leví y está de viaje por Judea.

Nada más entrar, inspira confianza a Jaim —viste ropa rica y espléndida— y se saludan amablemente.

—¿Cómo está todo por Galilea? —le pregunta el dueño de casa.

—Estupendamente —responde Leví—, ya sabes lo agradable que es vivir a orillas del lago de Genesaret.

—¿Y cómo van los negocios?

—De maravilla —contesta el galileo—. Por mi ciudad pasa una gran ruta que va de Siria a Egipto, de modo que hay un tráfico comercial intenso y eso deja mucho dinero. Cuando puedas deberías abandonar esta aldeilla e irte a vivir allí. Te aseguro que se pasa mucho mejor: banquetes, fiestas, diversiones...

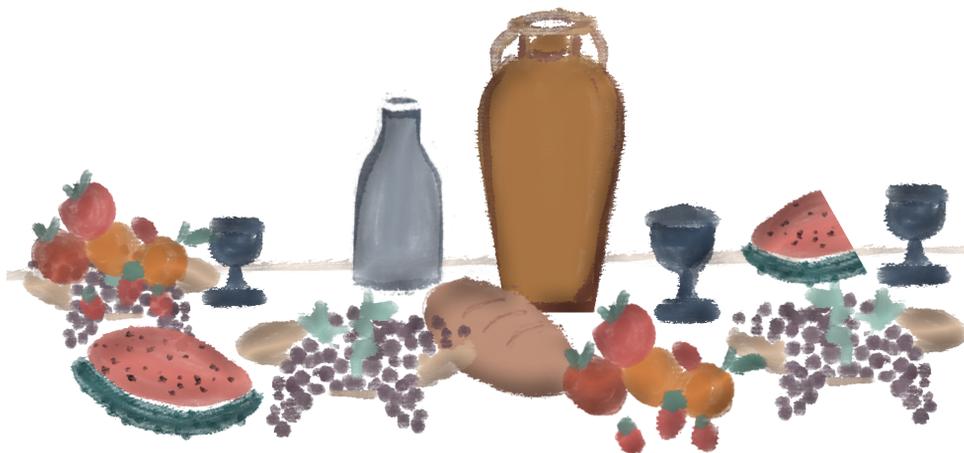
Jaim sabe que se trata de una excelente plaza, pero siempre le ha interesado más Jerusalén. Allí se toman las decisiones más importantes y está el centro del poder.

—He venido con mi familia —le explica Leví—, mi esposa y mi hija, estamos recorriendo la Judea y queremos ver todo lo bueno que hay.

—¡Estaré encantado de conocer a tu familia! —exclama Jaim—. Los invito a cenar esta noche.

El galileo acepta agradecido.

Jaim se ocupa de que preparen un gran banquete, con el mayor lujo que sea posible, porque considera importante ser amigo de publicanos más ricos que él.



Leví le presenta a su esposa Sara y a su hija Raquel. Durante la cena el joven publicano no puede quitarle los ojos de encima. Es la muchacha más hermosa que ha visto en su vida, de aspecto lozano y tonalidad aceitunada propia de los galileos. Le lleva solo seis años de diferencia.

La magnánima cortesía de Jaim le vale una invitación de Leví a Cafarnaúm.

—Apenas termine este censo y tenga tiempo iré a visitarlos —les asegura dirigiéndose a los tres, pero con la vista puesta en Raquel—. Me dará mucho gusto admirar la fecunda Galilea y saludar a tan encantadoras mujeres.

Madre e hija sonríen emocionadas y Leví le asegura que lo esperarán con los brazos abiertos.

Dos días después, poco antes de anoecer, cuando Jaim está a punto de retirarse de la tienda, le avisan que Ofir pide verle.

—Hola, Ofir, ¿qué me cuentas? Que sean buenas noticias porque estoy cansado a estas horas —le dice Jaim.

—Amigo, quiero preguntarte si podemos hacer una excepción para dar alojamiento a una pareja que acaba de llegar. La joven está embarazada y a punto de dar a luz. Ya han buscado sitio en la otra posada y no han encontrado.

Jaim se le queda mirando con gesto seco.

—Es la mujer más pura y hermosa que ha pisado Belén —insiste Ofir.

—Esa mujer se ha ido hace un par de días de Belén y se llama Raquel —le replica Jaim, y agrega—: ¿Viene con su marido? Que pague, como todos los demás.

—No tiene dinero suficiente, es un carpintero de Nazaret. Han hecho un largo viaje que les ha consumido buena parte de sus ahorros y deben regresar.

El semblante de Jaim se vuelve displicente.

—¿Por qué vienes a preguntarme esto? ¿No lo habíamos aclarado tiempo atrás? —le pregunta.

—Hay algo en ellos que asombra, una dignidad, una grandeza y una serenidad que no he visto en ningún viajero.

—¡No pueden tener esa dignidad de la que hablas si no llevan dinero! —responde Jaim alzando la voz—. Tendrán que buscarse una plaza, una gruta o un establo como tantos otros.

Y lo del embarazo no me compete. El carpintero es su marido, deberá ocuparse de ella.

Ofir se retira cabizbajo.

Durante los años siguientes Jaim visita Cafarnaúm las veces que le permite su trabajo. Su amor por Raquel se vuelve más maduro hasta que pide su mano. Luego de los esponsales y el matrimonio en Galilea se trasladan a Belén, donde viven una larga temporada. Allí les nacen dos hijos: Jefté y Rebeca. El recaudador se enriquece considerablemente y su esposa, cansada de los calores de Belén en verano y el frío del invierno, insiste en que regresen a Cafarnaúm. Dice a su marido que ya tiene suficiente para vivir con holgura.

Pero Jaim siempre quiere más, y solo accede a la petición de su esposa cuando Leví, que ha quedado viudo recientemente, le pide ayuda y le promete que será su sucesor en la oficina de impuestos de Cafarnaúm. Entonces, la familia se traslada a orillas del lago de Genesaret.

Allí Jaim gana todavía más que en Belén y construye una hermosa casa. Se dedica en cuerpo y alma a los negocios y se hace cada días más rico e influyente: compra y vende grandes haciendas, es dueño de las mejores posadas y trata con los comerciantes más acaudalados que pasan por la ciudad. Raquel se queja de que está poco en casa y de que sus hijos extrañan su compañía.

Pasa un buen puñado de años.

Una tarde, al llegar a casa, Jaim ve que Raquel le sale al encuentro muy agitada.

—¡Esposo mío —exclama—, no sabes lo que ha pasado!

—No puedo saberlo si no me lo dices —responde él.

—¡Mi padre! ¡Mi padre! —repite ella.

—¿Qué ha pasado con tu padre? —le pregunta.

—¡Se ha ido! ¡Lo ha seguido!

—¿Con quién se ha ido, a quién ha seguido?

—Al predicador, al profeta, a ese que llaman Jesús de Nazaret.

—¿Qué dices? ¿Se habrá vuelto loco? El profeta querrá sacarle dinero.

—¡Nada de eso! Jesús pasó por delante de la oficina de tributos. Mi padre estaba sentado a la mesa, lo miró a los ojos y solo le dijo: “Sígueme”. Y él se levantó y lo siguió. Dice que ya no continuará con su trabajo, que se dedicará a anunciar la Buena Noticia recorriendo ciudades y pueblos junto a quien llama su Mesías y Salvador.

—De manera que... —musitó Jaim.

—¡Sí! —dijo exultante Raquel—, su despacho es ahora el tuyo. Así no tendrás necesidad de hacer tantos negocios y podrás pasar más tiempo en casa.

Su marido no pudo contener una risa de alegría, abrazó a su esposa y bailó con ella porque gestionaría una de las oficinas de impuestos más importantes de Israel.

Cuando estuvo más sereno, Raquel le dijo:

—Mi padre ha organizado esta noche un gran banquete para celebrar. Estamos invitados, allí podremos conocer al predicador.

Jaim se quedó en silencio un momento y luego le dijo:

—Di a tu padre que me excuse, tengo una cena de negocios. Y no le digas lo que pienso: que me interesan poco las invenciones de cada nuevo profeta que aparece diciendo que es Mesías de Israel.

Raquel se entristeció.

—Yo iré —le dijo—, debo acompañar a mi padre, aunque tantos digan que se ha vuelto loco.

Jaim regresó más tarde que su esposa y durmió bien. Amaneció alegre recordando el buen negocio que había cerrado la noche anterior y quiso hablarle de él a Raquel. Pero ella no lo dejó empezar porque le era imposible contener su entusiasmo.

—¡Es un hombre extraordinario! —le dijo— ¡Extraordinario! ¡Extraordinario!

Mientras más entusiasmo manifestaba, menor interés quería mostrar Jaim.

—¿Quién? —preguntó.

—¡Jesús, Jesús de Nazaret! —exclamó ella.

—¿Cómo? —preguntó él— ¿También te ha embaucado a ti?

Raquel le contó que estaba segura de que era el Mesías de Israel, un hombre justo, sabio, manso y humilde de corazón. Sus palabras eran exigentes y misericordiosas a un tiempo, tenía un gran corazón. Había cambiado a su padre, que ahora se veía más joven, sonriente como nunca, como si le hubieran quitado un gran peso de su conciencia.

Jaim la escuchaba intentado ser paciente.

—Ya no se llama Leví sino Mateo, y es uno de sus doce apóstoles, de los más cercanos a Jesús. Mi padre me ha contado que hace milagros.

Al oír la última frase, Jaim estalló.

—¡Qué chifladura todo esto! ¡De no ser porque me voy a quedar con el despacho de tu padre, diría que se han vuelto todos locos de remate! ¿Que hace milagros? ¡Pues entonces no es el Mesías sino un brujo, un mago, un comediante! ¡Ahora no me hables más de él, debo descansar y concentrarme en mis cosas! Y ten presente que solo creo en lo que veo y toco —concluyó haciendo sonar unas monedas de oro.

Raquel volvió a sentir pena, más pena que nunca.

—Si lo vieras, creerías —le dijo.

—No me interesa. Estoy muy ocupado con mis negocios —respondió Jaim.

Mateo siguió a Jesús por toda Palestina, y Raquel con sus hijos le vieron mientras se encontraba en los alrededores de Cafarnaúm. A ella le impresionó la predicación del maestro en una colina cercana y repitió a su marido una frase: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos”. Pero él hizo oídos sordos al comentario, como si nada hubiera escuchado, y cambió de tema.

Otro día Raquel le contó que el Maestro había dicho: “Estén alerta y guárdense de toda avaricia; porque, aunque alguien tenga abundancia de bienes, su vida no depende de lo que posee”. Pero su marido le pidió que no lo distrajera de su importante trabajo.

Más adelante, fue su suegro quien le transmitió una parábola. Le dijo que Jesús se había referido a un hombre rico cuyas

tierras dieron mucho fruto. Ese hombre se puso a pensar para sus adentros: “¿Qué puedo hacer, ya que no tengo dónde guardar mi cosecha?”. Y se dijo: “Esto haré: voy a destruir mis graneros, y construiré otros mayores, y allí guardaré todo mi trigo y mis bienes. Entonces le diré a mi alma: ‘Alma, ya tienes muchos bienes almacenados para muchos años. Descansa, come, bebe, pásalo bien’”. Pero Dios le dijo: “Insensato, esta misma noche te van a reclamar el alma; lo que has preparado, ¿para quién será?”.

Jaim lo escuchó con paciencia, y para evitar enemistarse con su suegro, le comentó que se trataba de un hermoso mensaje, pero no cambió en nada su conducta.

Pasaron tres años desde que había irrumpido ese predicador que se llamaba Mesías en la vida de la familia de Jaim. Un día llegó hasta Cafarnaúm la noticia de la condena de Jesús a muerte de cruz en Jerusalén. Mateo estaba con él en la ciudad santa. Raquel, Jefté y Rebeca lloraron al enterarse, mientras Jaim se jactaba de que había acertado: ese hombre no era más que un charlatán y un embaucador.

El domingo siguiente llegó la información de que había resucitado, su cuerpo no se hallaba en la tumba, a pesar de tener custodia militar.

—¡Eso es imposible! Esa historia ya se ha acabado —declaró Jaim en casa.

Mateo no regresó a Cafarnaúm porque siguió predicando el mensaje de Jesús, recorriendo pueblos y ciudades como lo hiciera su Maestro. Un día, hacia el final del año, pasó por Cafarnaúm a visitar a la familia de su hija. Trató a Jaim con mucho cariño, lo abrazó y lo bendijo.

Al enterarse de que debía viajar a Jerusalén por asuntos de negocios, le pidió que llevara un mensaje a una mujer llamada María. Le dio sus señas y le entregó un conjunto de papiros. “Es mi evangelio —le dijo—, te pido que llegue sano y salvo a sus manos”. Jaim no comprendió bien de qué se trataba, pero como siempre iba con gusto a la capital —donde era reconocido por su riqueza— le dijo que lo haría de buena gana.

El mismo día de su llegada se dirigió a casa de María. Ella le salió al encuentro y Jaim tuvo la impresión de que era la mujer más pura y hermosa que había conocido. María recibió el mensaje y los papiros de Mateo, mientras miraba a los ojos al publicano con ternura.

—Jaim, hijo mío —le dijo al acabar—, pasa un momento y toma asiento.

Él obedeció como si se lo pidiera su madre. Su presencia le templaba el alma.

—Déjame contarte una breve historia —dijo María.

Él asintió.

—Hace años, un ángel del Señor se apareció a una muchacha y le anunció que sería la madre del Salvador. Ella se turbó al oír esas palabras, pero el ángel le dijo que no tuviera miedo, que el poder del Altísimo la cubriría con su sombra, que concebiría por obra del Espíritu Santo, y que el que nacería de ella sería llamado Hijo de Dios.

Jaim oía sin protestar y sin explicarse el porqué.

—El ángel le dijo que no hay nada imposible para Dios. Ella entonces contestó: “Hágase en mí según tu palabra”.

El gesto de María tenía una calidez maravillosa. Jaim oía embelesado la historia.

—Pasaron nueve meses, y junto a su esposo, tuvo que viajar a Belén para empadronarse.

Al oír el nombre de la aldea que le vio nacer el corazón de Jaim comenzó a latir con más fuerza.

—Al llegar era de noche y buscaron lugar, pero no lo encontraron. En un intento desesperado acudieron a un posadero para pedir una excepción en vista del avanzado embarazo de la mujer, que estaba a punto de dar a luz.

La respiración de Jaim se agitó y su corazón comenzó a darle golpes en el pecho.

—Él fue a consultar con el dueño, pero les negó un lugar.

El publicano se llevó las manos a la cara.

—La mujer y su esposo miraron al cielo y rezaron por el dueño de esa posada, que rehusaba espacio a una madre y a su hijo por nacer. Salieron de Belén y en las afueras encontraron una gruta de animales. Allí, al frío de la noche y en la pobreza más absoluta, nació Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre.

Jaim sintió más tristeza que nunca en su vida.

—Esa muchacha se llamaba María y es quien te habla.

Los ojos de Jaim no pudieron contener unas lágrimas grandes y amargas. No quiso secarlas, dejó que corrieran mansas para que le sirvieran de purificación. Apoyó su cabeza en el regazo de la mujer y la dejó allí largamente. Al final solo pudo balbucear:

—María..., perdón...

Un libro que integra armoniosamente el relato evangélico y la ficción literaria. Los seis cuentos, que relatan la escena del pesebre de Belén desde la perspectiva de seis personajes distintos, contienen palpables diferencias y, al mismo tiempo, una notable unidad.

Cada protagonista del misterio de la Navidad ayuda a contemplar la Buena Noticia del nacimiento de Jesús desde su propia mirada. En las afueras de Belén se dan cita seres animados e inanimados a los que el autor llena de vida y personalidad propia, que conduce al lector a una identificación afectiva con ellos.

Se ofrece una obra llena de imaginación y creatividad, firmemente anclada en las profecías del Antiguo Testamento y en los relatos evangélicos, que ayuda a contemplar el nacimiento de Cristo desde un enfoque novedoso, a través de una maravillosa sencillez.



COLECCIÓN
didaskalosinfantil
